

## CHARLA DE ESCRITORES

por Mempo Giardinelli

*"Hay que enamorarse del texto para alcanzar una mejor traducción"*

El pasado 15 de junio, la Comisión de Cultura del CTPCBA, en el marco del ciclo "Charlas con escritores", invitó a **Mempo Giardinelli**, uno de los nombres más destacado de la literatura Argentina contemporánea.

Su obra ha sido traducida a 15 idiomas y ha recibido numerosos galardones literarios.

Entre sus obras, podemos citar: *"La revolución en bicicleta"*, *"El cielo con las manos"*, *"Luna caliente"*, *"Qué solos se quedan los muertos"*, *"Santo oficio de la memoria"*, *"Imposible equilibrio"* y *"El décimo infierno"*

En 1999 aparecieron en la Argentina sus *"Cuentos completos"*. También es autor de ensayos como *"El género negro"*, *"Así se escribe un cuento"* y *"El país de las maravillas"*.

Mempo vivió exiliado en México entre 1976 y 1984. Fue fundador y director de la revista *"Puro cuento"* desde 1986 hasta 1992. Es colaborador habitual de diarios y revistas argentinos y latinoamericanos.

Desde 1986 dicta conferencias y seminarios como profesor visitante en diversas universidades de Estados Unidos.

*"Como hombre vinculado al mundo de la traducción tengo dos ventanas, una por la que entré y otra por la que salen mis textos"*, comienza Mempo su exposición.

*"Quisiera simplemente compartir con ustedes la pequeña o mucha, no sé como mensurarla, experiencia que yo tengo con la traducción. Por un lado, tengo que decir que cuando hacíamos la revista 'Puro cuento', una revista casera, que se hacía en el living de casa, hace unos quince años, simplemente, si me gustaba un cuento, lo publicaba nomás. Con el tiempo, pedía algún permiso, pero era evidente que no estábamos lucrando con el trabajo ajeno, además perdíamos plata y así nos fundimos. De modo tal que digamos, éramos inocentes de toda inocencia. Y con algunos textos que yo quería, que me gustaban, algunos cuentos que leía, quién era mi mujer entonces —que era un poco la socia con quién hacíamos esta revista casera— empezamos a traducir algunos textos; ella traducía muy bien el francés. Por supuesto, los cuentos franceses eran los únicos que venían entonces. Yo empecé a traducir atrevidamente con el inglés chapucero que tengo, al italiano cocolicho y al portugués de frontera. Yo, más o menos, hablo el 'portuñol' porque en mi tierra casi todo el mundo sabe un poquito de portugués y de guaraní. Entonces era una especie de 'guaraní portuñol fronterizo', agrega con cierta complicidad.*

*"Para mí fue muy interesante la experiencia porque me di cuenta de que traducía textos breves y buscaba cuentos que yo pudiera con ellos. Así la experiencia se me convirtió en una co-experiencia realmente literaria porque para mí meterme en esos textos era meterme en un mundo literario. Me daba cuenta (debo haber traducido unos veinte o veinticinco cuentos, unos pocos del inglés, dos o tres del italiano, y la gran mayoría eran del por-*

*tugués que es la lengua que manejo mejor) que lo que yo hacía era casi reescribirlos, eran invenciones, terminaban siendo versiones libres",* continua relatando como entre amigos, como en casa.

Más adelante agrega que **"Luna Caliente"**, fue una traducción excepcional al portugués de João Faraco. *"Es tan buena que es mejor la edición brasileña que la argentina. Con João, somos buenos amigos. Fue ahí cuando observé la distancia que existía entre un profesional y este chapucero que era yo, atrevido... Y creo que por eso, en cierto modo, nunca más traduje cuentos. Nunca más me atreví a realizar un trabajo más grande"*, comenta con cierta timidez. *"De acá me quedaron dos cosas que quiero compartir con ustedes antes de pasar a la otra parte, y es que parece interesante compartir la experiencia del autor con los traductores. Yo me di cuenta de que, y la vida me lo fue ratificando, la traducción de un texto literario requiere literatura. Es decir, no sé cómo será traducir textos técnicos, jurídicos o científicos, no tengo idea, pero la traducción literaria requiere literatura también en el traductor. Los mejores traductores han sido buenos escritores. Es allí cuando uno piensa en Cortázar, Onetti, Borges, Rodolfo Walsh. Recreaban la literatura, hacían literatura de la literatura de otra lengua. No distorsionándola, no cambiándola, que era un poco lo que yo hacía chapucera, sino encontrando el reflejo exacto en la idiosincrasia de la otra lengua. Esto es lo difícil. Me di cuenta también de que la única manera que tenía de trabajar, y tienen, los buenos traductores depende de la comprensión del espíritu del libro. Yo me fui dando cuenta con alguno de los textos, que tenía que leerlo muchas veces hasta que llegaba a comprender el espíritu. Si yo había comprendido el espíritu del texto, la sensación que tenía era que podía fluir mejor. Y con textos míos que han traducido otros, me parecía más o menos lo mismo, pero había y hay un elemento que me parece que es la clave de esto, y es la **cercanía humana que uno puede tener con el traductor**. Diría que realmente es matemático, cuando yo me hice amigo del traductor o el traductor se hizo mi amigo, esas traducciones han funcionado de maravillas. Es impresionante",* señala con ahínco. **"Esa cercanía, yo creo, tiene mucho que ver con la felicidad de los textos"**.

Luego comenta: *"Si van a traducir del noruego y tiene un amigo noruego no le cuenten al amigo noruego que están traduciendo. Por lo menos en mi experiencia y en la de muchos colegas, en algunos países, el traductor resuelve o cree que resuelve un texto, consultando a un amigo y no consultando al autor. Tan así es, que yo en los últimos años cada vez que un libro mío se va a publicar, se va a traducir, lo que pido, insisto y subrayo, como condición sine qua non es que el traductor se conecte conmigo y que no empiece a traducir ni una página hasta que no hablemos del libro, hasta que no hablemos de mi concepción de la literatura, hasta que no hablemos de qué sabe él de mi país y del contexto de lo que yo escribo. Hoy en día me parece básico"*, sostiene.

Luego nos comenta la formidable experiencia que tuvo con una traductora de California, a quien no conocía y que estaba traduciendo un libro suyo, relativamente sencillo y breve, **"El décimo infierno"**. Habían pasado muchos meses hablando del

libro, de la traducción, casi palabra por palabra. Ella le había mandado las distintas versiones, y él nos jura que ese libro está mucho mejor ahora que lo que fue su original; el trabajo que hizo la traductora fue estupendo y además se ganó una amiga. Nunca se vieron pero había sido un trabajo casi conjunto. "Creo que tiene que ver ahí con el acto de amor que es para mí la literatura y que pienso que debe ser para un traductor. **Uno debe enamorarse del libro que va a traducir**, por supuesto alguna vez se tiene que hacer y ustedes trabajarán muchas veces a destajo porque hay que entregarlo rápido, porque te pagan a tanto por página y porque uno necesita la plata, lo cual es absolutamente comprensible; pero, si se pudiera y cuando se puede, ¡qué hermosa!"; agrega.

Nos explica que uno de sus maestros en la vida y en la literatura fue Juan Rulfo, a quien tuvo el placer y el privilegio de conocer en México. Según Giardinelli, Rulfo siempre lamentó que en francés y en inglés le habieran matado sus libros. "Cualquiera de ustedes debe haber leído *Pedro Páramo*; yo me imagino que en cualquier lengua, si existe una novela difícil de traducir debe ser ésta; pues a él se la mataron, y lo lamentaba muchísimo. Y sin embargo, en otras lenguas donde la traducción fue buena, el libro funcionó", sostiene.

En la última feria internacional de Atenas, donde estuvo presente, se encontró con una traducción de un libro suyo. Al no leer griego no tenía ni la menor idea de cómo estaba la traducción, tanto el editor, a quien conocía en ese momento, como el traductor le decían, que estaban seguros de que la traducción había sido muy buena. El traductor era un traductor muy joven, de la universidad, que se había enamorado del libro. Había hecho un trabajo muy a conciencia. El libro había sido publicado dos años antes, y en términos de venta no había tenido un gran éxito. "Bueno ¿cuál sería la explicación?", nos pregunta, "parece que es una maravilla la traducción al griego, pero no fue comprendido por la sociedad griega, por las preocupaciones que tienen o por lo que les interesa a los griegos. Es un problema de *idiosincrasia*". Mempo relata que eso también es un problema pero que nada tiene que ver con la traducción en sí. El editor sabía esto de antemano y él apostaba a que, de todos modos, el libro con el tiempo iba a poder consolidarse dentro de la literatura extranjera en Grecia. El editor decía que no le importaba, que apostaba a que más allá de la *idiosincrasia* coyuntural, si el libro para él era bueno y la traducción lo era también, iban a seguir trabajando juntos: escritor-traductor-editor. Y eso era lo importante.

Mempo también cuenta que tiene dos libros traducidos en Corea y no tiene la menor idea de lo que pasó. Nunca había conocido a un traductor coreano y nunca había ido a Corea. Es decir, él se sentía completamente afuera. "Y evidentemente hay una diferencia de *idiosincrasia*, pero creo que había contribuido esa cercanía con el traductor para un mejor resultado. Tampoco sé alemán y Alemania es una sociedad también muy diversa. No se si será igual o diferente que la coreana, pero en Alemania tengo siete libros y han andado muy bien, y tengo tres traductores excelentes. Quiero decir, que los he conocido, y que he tratado con ellos y yo estoy muy feliz de eso. Insisto, creo que tiene que ver con la cercanía, más allá de que un texto u otro sea arduo para una sociedad", agrega. "Soriano era íntimo amigo de su traductora de italiano, y no en vano en Italia fue el país donde más se impuso Soriano. Estas cosas pasan realmente."

Se sabe un escritor bastante obsesivo y que con el tiempo ha ido guardando todas las cartas (cuando se escribían), las dudas y todo lo relacionado con sus traductores. Después de un tiempo, él ya sabe lo que le va a preguntar el traductor, con respecto al libro que está traduciendo. Cuando aparece una nueva lengua, le envía al traductor todo lo que le habían preguntado otros traductores de otras lenguas sobre el mismo libro. "Ahí están todas las respuestas que yo ya di a cada situación, a cada expresión idiomática, a cada palabra, a cada giro. Entonces uno ya tiene ese archivo, que para mí me es muy útil, incluso para alguna gente cuando se conecta conmigo les digo: perfecto, mandame tu lista de preguntas, plantea todas las dudas y después -siempre digo 'después', para no condicionarlo- te voy a mandar lo que me pregunto el griego, el francés, el servio...", explica. "En estos idiomas he tenido suerte ahora que menciono lo del servio. Tanto en servio como en ruso, las dos traductoras eran parientas. Las dos trabajaron, además el mismo libro, **Luna Caliente**, fue como que triangulamos la cosa. No leo ni servio, ni ruso pero creo que funcionaron bien".

"Ya les conté que la traducción de **Luna Caliente** que hizo **João Faraco** en Brasil es excepcional. Cuando los derechos fueron comprados por una editorial de Portugal, por una cuestión supongo yo de chauvinismo, el editor portugués no quiso utilizar la traducción de **Faraco** y no sé a quién le encargó la traducción. Nunca me dijeron nada, hasta le cambiaron el título. Y el libro que en Brasil ha sido muy exitoso, en Portugal fue un fracaso total.

Supone que los denominados grandes escritores deben tener un control sobre la traducción. Me supongo que Isabel Allende, García Márquez, los autores que venden tanto, deben tenerlo. "No es mi caso. Tengo que confiar; por eso prefiero trabajar... por eso hablaba de **'enamórenonos juntos del libro'**. **Cuidémoslo trabajando**, preguntame todo lo que quieras, no me molestan tus preguntas, llámame todos los días, mandame correos electrónicos todas las noches. Yo estoy a tu disposición. Es mi manera de pedirle 'cuidame el libro'. Entonces cuando esto funciona, el mismo traductor es el promotor."

Nos comenta que gracias a los comentarios de los traductores ha cambiado muchos libros. "El traductor te hace ver un montón de cosas. Posee una especie de 'lógica inocente'.

"Todo esto es lo que yo puedo contarles de mi experiencia y terminaría diciéndoles que en aquellos -y de esto no tengo dudas- países y en aquellas editoriales donde no ha habido un trabajo amoroso con el texto, el libro ha fracasado".



Integrantes de la Comisión de Cultura con Mempo Giardinelli.